

Amity Gaige

LAS BUENAS INTENCIONES

Traducción del inglés de
Sonia Tapia



Título original: *Schroder*

Ilustración de la cubierta: Lisa Kimmell / Getty Images

Diseño de la ilustración de la cubierta: Anne Twomey

Copyright © Amity Gaige, 2013

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2015

«*Tired of being alone*», words and music by Al Green.

Copyright © 1971, Irving Music, Inc, and Al Green Music, Inc. Coyright renewed.

All rights reserved. Used by permission. Reprinted by permission of Hal Leonard Corporation.

«*The terms in which I think of reality*» (7 l.), from *Collected Poems, 1947-1997*, by Allen Ginsberg.
Copyright © 2006 by the Allen Ginsberg Trust. Reprinted by permission of HarperCollins Publishing.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Los personajes y situaciones que aparecen en esta obra son ficticios.
Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-647-9

Depósito legal: B-301-2015

1ª edición, enero de 2015

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1
Capellades, Barcelona

*Para mi padre,
Frederick H. Gaige
1937-2009*

*He aquí el mayor secreto que nadie conoce
(ésta es la raíz de la raíz y el brote del brote
y el cielo del cielo de un árbol llamado vida, que crece
más alto de lo que el alma puede esperar o la mente ocultar),
y ésta es la maravilla que mantiene separadas las estrellas.*

«Llevo tu corazón (lo llevo en mi corazón)»

E. E. CUMMINGS

Lo que sigue es una crónica de mis andanzas con Meadow desde nuestra desaparición.

Mi abogado dice que debería contártelo todo: adónde fuimos, lo que hicimos, con quiénes nos vimos, etc. Como bien sabes, Laura, para ser un hombre no soy reservado, sino más bien hablador —locuaz incluso, podría decirse—, pero aun así hace días que no pronuncio una palabra. Es una promesa que hice. Tengo en la boca un regusto a rancio y a húmedo, a cavernario. Pero resulta que no se me da muy bien guardar silencio. Hay muchísimas cosas que quiero decirte, lo cual bien podría explicar el entusiasmo de este documento, a pesar de lo que cabría llamar la triste historia que cuenta.

Mi abogado dice además que este testimonio podría ayudarme algún día ante un tribunal. De manera que es difícil no considerarlo también una especie de alegato, una súplica, si quieres, no sólo de tu clemencia, sino también de la de un hipotético jurado, si es que vamos a juicio. Y por si la palabra «jurado» te resulta prometedora (a mí me lo resultó, por un instante), he averiguado que los jurados se equivocan a menudo, aferrándose como se aferran a las primeras impresiones. Y que, al final, rara vez dictaminan las clamorosas exculpaciones o los castigos que merecemos, sino que más bien suelen ser indicadores del cariz que tendrá el caso en

la prensa. De todas maneras, es difícil no pensar en ellos, mi auditorio potencial. Abogados. Jurados. Turbamultas de cuento de hadas. Historiadores. Pero, sobre todo, tú. Tú, mi látigo, mi patria, mi esposa.

Querida Laura. Si estuviéramos solos tú y yo otra vez, sentados por la noche a la mesa de la cocina, con toda probabilidad llamaría a este documento sencillamente una disculpa.

Apologia pro vita sua

Hace mucho tiempo, en 1984, redacté otro documento trascendental. A primera vista, era un formulario para solicitar plaza en un campamento para chicos en el lago Ossipee, en New Hampshire. Tenía entonces catorce años y sólo llevaba cinco en Estados Unidos. Durante esos cinco años, mi padre y yo habíamos ocupado el mismo apartamento en la última planta de un bloque de pisos en Dorchester, Massachusetts. Para quien no haya estado nunca allí, es un barrio multirracial y atestado del sur de Boston. A pesar de que disimulaba mi acento, me camuflaba bajo una camiseta de hockey de los Bruins e intentaba mostrarme tan duro y arisco como mis homólogos de origen irlandés, que formaban la minoría racial de Dorchester, era como si acabara de bajar del barco, como quien dice, y todavía estuviera descubriendo las singularidades de mi nueva patria. Recuerdo el chasquido electrónico de la primera vez que oí cómo la máquina de videojuegos se tragaba la moneda, así como el primer cepillo de dientes eléctrico, y que un día, mientras esperaba el autobús, un chico no mucho mayor que yo detuvo un Corvette descapotable en la cuneta y bajó de un salto, sin abrir la puerta. Recuerdo haber visto muchas cosas como éstas, porque las emociones que me provocaban eran desconcertantes. Al principio me asombraba como un niño, pero enseguida me invadía el an-

sia de disimularlo, porque, si hubiera sido americano de verdad, nada de aquello me habría impresionado lo más mínimo. Esa conciencia era mi escolta, cierto desdoblamiento mental en el que confiaba para evitar hacer preguntas tontas, como el día en que mi padre y yo cruzamos la frontera de Rhode Island para hacer un recado y tuve que contenerme para no preguntar por qué no había controles aduaneros entre un estado y otro; lo creas o no, llevaba mi pasaporte alemán encima.

Vi aquel folleto del campamento Ossipee en la consulta de mi pediatra, y lo leía cada vez que me ponía enfermo, hasta que un buen día me lo metí en un bolsillo y me lo llevé. Me dediqué a contemplarlo durante semanas —en la cama, en el baño, colgado de mi barra para hacer flexiones—, hasta que las páginas se adhirieron las unas a las otras. Los niños americanos de las fotografías estaban suspendidos en el aire entre la pared del acantilado y el agua del lago. Caminaban de tres en tres cargados con canoas. Comencé a visualizarme nadando con ellos. Me imaginaba arrastrándome entre el trigo o lo que fuera, aprendiendo a rastrear y a buscar setas. Yo sería el más atrevido, el pionero, no tanto un héroe como un líder. Me interesaba en particular el rito de paso que reservaban a los niños mayores en su último año: una acampada de una noche, a solas, en una isla remota en mitad del lago. Y ahí es donde en realidad nació mi futuro yo, en esa imagen: yo, el Erik Schroder superviviente, echando leña al fuego en la noche, solo, autosuficiente, liberado de las restricciones de la sociedad. Me dormiría siendo un niño y me despertaría por la mañana convertido en alguien muy distinto.

Lo único que tenía que hacer para solicitar plaza era rellenar el formulario y escribir una carta de presentación. ¿Qué clase de presentación estarían buscando?, me preguntaba. ¿Qué clase de chico? Me senté ante el escritorio de mi padre, mirando por la ventana la esquina de Sagamore y Savin Hill, donde dos compañeros de clase se peleaban

por un palo de hockey roto. Metí un folio en la máquina de escribir de mi padre. Y comencé a teclear.

Según como se mirase, mi relato era lo más auténtico que había escrito hasta entonces. Comprendía el peso de la historia, la pérdida temprana de la madre, un sentido exagerado de responsabilidad personal y una esperanza intrépida en el futuro. Por supuesto, si se miraba de otro modo —desde la perspectiva que tiene todo el mundo, incluidos los tribunales de justicia—, mi historia era un puro camelo. Una ficción fraudulenta, distorsionada, espuria, deshonesto y desesperada que, cuando te conocí, tendí a tus pies. Pero era 1984, y aún no te había conocido. No estaba mintiéndote a ti. No era más que un niño ante la máquina de escribir de su padre, con unos calcetines blancos de deporte hasta las rodillas, el pelo todavía muy rubio, no con las raíces oscuras de ahora. Puse la dirección en el sobre, me apropié de un sello. Cuando llegó el momento de rubricar aquella página tan llena, firmé por primera vez con el nombre por el que llegaste a conocerme. No fue difícil elegir el apellido. Quería el de un héroe, y en Dorchester había un solo hombre considerado como tal. Un chico de barrio, un irlandés perseguido, un semidiós. Era también el hombre que hacia 1963 había hablado entre los vítores de multitudes de berlineses occidentales deprimidos, a los que insufló un resplandeciente amor propio que perduró largamente tras su asesinato. Su estatus de héroe seguía incólume cuando tiempo después mi padre y yo llegamos aquí. De hecho, podría decirse que John F. Kennedy es la razón de que nos plantáramos en este país.

Me pasé meses interceptando el correo, esperando la carta de aceptación en Ossipee, que me ofrecería una beca completa para asistir al campamento acompañada de muestras de compasión por mis problemas. Tanto soñé con esa carta que cuando llegó no podía creérmelo. *En Ossipee pensamos que todos los niños merecen unas vacaciones de verano... Nos dedicamos a ayudar a niños de todas las condiciones... Únete*

a nosotros a orillas de nuestro querido lago... Ossipee, donde los niños se convierten en hombres mejores... «Sí, sí —pensé—. ¡Acepto! ¡Tengo condiciones para dar y regalar!» Mi excitación sólo se vio mitigada por el ruido de la llave de mi padre en el recibidor, cuando me di cuenta de que no podría mostrarle la carta, puesto que iba dirigida a otro niño. En lugar de eso, le enseñé el folleto ya desintegrado. Le hablé de una conversación telefónica hombre a hombre con el director del campamento, incluso atribuí la beca a mis méritos, dando así lustre a la fantasía para los dos. Nos pasamos toda la tarde bailando por el apartamento. Fue lo más parecido a la alegría que mi padre experimentó en toda su vida.

A nadie se le ocurrió comprobar mi historia. Cuando llegó el momento, tomé un autobús que en dos horas en dirección norte me llevó desde Boston hasta una parada llamada Moultonville, donde un representante del campamento iba a recibirnos, a mí y a otro niño también becado que recogimos en Nashua. Cuando bajamos del autobús, una mujer corpulenta con unos pantalones de lona se acercó a nosotros. Era Ida, la cocinera del campamento y la única mujer. El otro chico se presentó balbuceando. Ida me miró.

—Entonces, tú debes de ser Eric Kennedy.

¿Por qué se creyeron mi embuste? Sabe Dios... Lo único que puedo decir es que era 1984. ¡Si hasta podía solicitarse el número de la seguridad social por correo! No había bases de datos, uno tenía que ser rico para conseguir una tarjeta de crédito, el testamento se guardaba en la caja fuerte del banco y el dinero se llevaba en un fajo enorme. No existían tecnologías para la omnisciencia, nadie las quería. Todo el mundo era quien decía ser. Y yo era Eric Kennedy.

Durante los tres veranos siguientes, ése fui yo. El impávido Eric Kennedy. Eric Kennedy, templado como el acero. Eric Kennedy, el de las sorprendentes dotes para el canto. Mi transformación fue increíble. El primer verano hablaba con voz temblorosa que sólo yo sabía destinada a ocultar todo rastro de acento. Albergaba el temor de que algún

alemán de verdad se me acercara para preguntarme: «*Wo geht's zum Bahnhof Zoo?*», «¿Cómo se llega a la estación del zoo?», y yo le contestara. Pero eso nunca ocurrió y, además, nadie recelaba de mí, ni desconfiaba ni parecía desearme ningún mal. En Ossipee enseñaban a los niños que confiar en los demás era algo que uno hacía por uno mismo, algo que nos ennoblecía. Y esa lección anticuada, aunque la recibí entonces con mucha reticencia, es una deuda que todavía tengo con aquel campamento. Con el tiempo, dejé la periferia del grupo para trasladarme hacia el centro de las cosas. Me quitaba la camiseta y participaba en los bailes en torno a la hoguera, dirigía el bullicio en el comedor. Al final de mi primer verano ya no había quien me callara. Y a partir de entonces, nunca dejé de hablar.

Por fin llegó el momento de mi acampada en solitario. Era mi tercer y último verano en Ossipee, un verano más benigno de lo habitual. Un viento constante acariciaba la superficie del lago, formando pequeñas olas oscuras e iridiscentes que golpeteaban contra la lancha del campamento. Todos los niños a los que había admirado se habían marchado. Los recién llegados, más jóvenes, con los surcos del peine todavía en el pelo, se arracimaban en el muelle para verme partir, y me di cuenta de que me había convertido en el chico mayor al que recordarían cuando me marchase. Un monitor me llevó hacia lejanas coordenadas y allí me dejó, en una playa de arena dura, tocado con una corona de mosquitos. La noche fue interminable, pero eso es otro tema. De lo que quiero hablarte es de la mañana, de cuando oí el ruido de la lancha que se acercaba entre la niebla, abrí la cremallera de la tienda y salí como quien muda la piel. Comprendí que había conseguido algo verdaderamente descomunal: había elegido mi propia infancia. Había encontrado un pasado que se ajustaba a mi presente. Y de este modo, con ayuda de las entusiastas recomendaciones del equipo de Ossipee, así como con una serie de falsificaciones que no detallaré aquí pese a que en los últimos días me han mostrado varias

fotocopias de ellas, me aceptaron como Eric Kennedy en el Mune College de Troy, de Nueva York. Estudiaba y trabajaba en Mune, en la garita de un aparcamiento de varias plantas. El resto de mi formación corrió a cargo de préstamos universitarios (un dinero que devolví, por cierto). Me licencié en Ciencias de la Comunicación. Era un estudiante del montón, espabilado en clase, pero poco fiable cuando debía realizar algún trabajo por mi cuenta. Mi bilingüismo secreto me permitió destacar en el estudio de otras lenguas: español e incluso japonés hablado. Cuando me licencié, obtuve trabajo allí cerca como traductor médico en el Centro de Investigación Médica de Albany, y allí me quedé seis años, sin incidentes, libre como un pájaro.

Claro que los pájaros no son libres. Los pájaros no hacen casi nada por decisión propia. Los pájaros son una de las criaturas más industriosas de la naturaleza y pasan todas las horas del día buscando y almacenando y evitando las desventajas competitivas, muy ocupados sólo en ser pájaros. Y como un pájaro, yo estaba ocupado a tiempo completo en ser Eric Kennedy y, también como un pájaro, no lo consideraba un trabajo. Para mí era sólo ser. Atrás quedaban los engaños más tempranos y crueles. Me refiero a los engaños a mi padre. Siempre que era Eric Kennedy, evitaba el contacto con mi padre. Ya en Ossipee le había dicho que en las montañas de New Hampshire no había teléfonos, pero que si quería que yo lo llamara, estaría encantado de ir a pie hasta el pueblo más cercano, y por supuesto él dijo: «*Nein, nein, Erik.*» Y añadió en su pobre inglés: «Ya te veré cuando te vea.»

Sí. Me vio cuando me vio, que fue muy rara vez. En los años de facultad, yo era como cualquier otro joven, estuve enfrascado en intentar parecer más interesante de lo que en el fondo era: reuniendo una buena colección de música, escribiendo mentalmente manifiestos, apareciendo alguna que otra vez en obras de teatro estudiantil... ese tipo de cosas. Iba a Dorchester sólo cuando era imprescindible. Empecé

yo solo, con mi toga y mi birrete negros, y luego aguardé hasta julio para llevar a mi padre de visita al campus, cuando aquello estaba desierto excepto por los alumnos que participaban en un campamento de tenis para adultos. Durante mi etapa en Mune, me hice amigo de un profesor sin hijos, y fue ese hombre, no mi padre, quien firmó conmigo el alquiler de mi primer apartamento, un piso soleado de una habitación en un chaflán del parque Washington.

Estaba contento en Albany y rara vez salía de allí. Me gustaban sus horizontes protegidos, sus beligerantes políticos de poca monta. Y siempre había una chica, cualquier chica, y risas, y burlarnos de los turistas en el South Mall. Eran relaciones fáciles y libres de promesas. Tenía talento para elegir mujeres que estaban por naturaleza predisuestas a la felicidad y, por lo tanto, no me utilizarían como cajón de sastre para sus frustraciones. De vez en cuando dedicaba el tiempo libre a mi investigación (*véase la página 25*), y jugaba al fútbol con un grupo de inmigrantes en una colina que tomábamos prestada de la Universidad de Saint Rose. Y lo que viniera a continuación, pues vendría a continuación.

No sabía que lo que vendría a continuación ibas a ser tú.

Tú. La primera vez que te vi estabas entablillando a un niño que acababa de caerse de un árbol. Un corro de otros diez o doce niños te miraban. Para entonces, el herido pegaba tales berridos que nadie aparte de ti era capaz de acercarse a él. Era mi hora de almorzar y el ruido me molestaba, así que me levanté con intención de marcharme. Pero te miré un momento, y se produjo una pausa.* ¿Qué fue lo que pro-

* ¿Qué es una pausa? Para los propósitos de este documento restringiré mi respuesta al ámbito de la conversación, en la que una pausa es la cesura del discurso entre dos o más participantes (no, por ejemplo, el instante de un contraargumento durante un monólogo interior existen-

vocó esa interrupción? ¿Fuiste tú o fue el momento en que me llamaste la atención? ¿Fue la manera en que seguiste vendando la muñeca del niño, con tanta serenidad a pesar de que el chico estaba histérico y pegaba unos alaridos de espanto? Era agosto. Un verano tardío, asfixiante, horroroso. Más tarde averiguaría que desde julio habías estado a cargo de veinte de los niños sin recursos de Albany. Tenías pinta de necesitar una ducha. Pero mi atención se quedó clavada en ti. Mi mente te aseó y te puso un vestido de verano y una copa de chardonnay en la mano, y volvió tu cara hacia la mía. De manera que me acerqué a ti y te ofrecí mi ayuda, preguntándome si aquel sentimiento duraría, preguntándome si podría ensartar dos o tres momentos más de aquella atención arrobada que me poseía. A saber por qué, Laura. ¿Quién sabe por qué Fulano se enamora de Mengana y no de Zutana? Una cuestión a la que se han dedicado toneladas de poesías. Lo que quiero decir es que lo lamento por ti. Siento haberte elegido. Pero supongo que parte de mi motivación al escribir este documento es recordarte que no fue una absoluta pérdida de tiempo. Escucha:

cial en la bañera). Comparada con un silencio, la pausa es más breve, una especie de silencio pequeño, la clase de vacilación que tiene lugar cuando uno examina la manera adecuada de expresar algo, por poner un caso. O cuando reflexiona, con cierta actitud crítica o arrepentimiento, sobre lo que acaba de decir. O cuando lo distrae un segundo tema, o un ruido, pero desea que parezca que está reflexionando. No sé si a alguien le interesa, pero yo personalmente calculo que una pausa dura unos dos o tres segundos. Tal vez sea cierto que las pausas son, por lo menos históricamente, silencios de segunda fila, mientras que los silencios —esas profundas extensiones de tiempo en las que se cae el alma a los pies, se seca la boca, aparece la verdad— son muchísimo más trascendentales y dignos de estudio. No obstante, este autor sostiene que tanto las pausas como los silencios pueden ser lo que los teóricos y la madre de la pausología, Zofia Dudek, llaman «funcionalmente deficientes» (es decir, una nada que es un algo). Y ambos son dignos de estudio y atención.

¿Éramos compatibles? Creo que sí, que lo fuimos, y mucho, durante un tiempo. Aunque al principio me pareciste un poco hosca, en cuanto llegaste a la conclusión de que yo era un tipo decente, te convertiste en un enorme algodón de azúcar. No pudiste evitarlo. Y pronto estabas trayéndome libros, infusiones, albaricoques caramelizados. Tu coqueteo era dulce, un poco cursilón. Como si hubieras estado toda la vida aislada de los hombres y, por lo tanto, sólo pudieras seducirme como si yo fuera una niña pequeña.

Tú eras la auténtica americana, y, sin embargo, yo estaba mucho más americanizado que tú. Era más espontáneo, más relajado. Todavía era, en muchos aspectos, el Eric Kennedy del campamento Ossipee, un personaje por el cual había sido ampliamente recompensado en la universidad de Mune, pero, a medida que me acercaba a los treinta, necesitaba una buena puesta al día. Contigo, Eric Kennedy maduró. Tú eras cuatro años más joven, pero nadie lo habría imaginado. Eras una mujer diligente, responsable. Eras reflexiva. Te importaba la salud. A menudo viajabas con bolsitas de frutos secos. Te ofendías con facilidad. Te indignabas enseguida por toda una lista de cuestiones sociales (por ejemplo, los edificios públicos que no estaban adaptados para discapacitados). Bastaba con mencionar estos temas para que se te arrebolaran las mejillas. Siempre estabas dispuesta a embarcarte en un respetuoso pero tenso debate. Era como si a lo largo de tu vida te hubieras quedado traumatizada por malentendidos crónicos.

Qué depreisa me deshice de cualquier otro compromiso, de cualquier otra amistad, de clubes e intereses. A pesar de tu juventud, tenía la sensación de amarte como si fuera tu alumno, y, por lo tanto, cualquier cosa que hicieras —por más vaga o más concreta que fuera— para mí era lo correcto. Y tenías un cuidado exquisito con la verdad. Todo lo que decías querías que fuera verdad en todos los aspectos. Tardabas una eternidad en rellenar un simple formulario en la consulta del médico, mientras te dabas golpecitos con

el bolígrafo en los labios. ¿Hacías ejercicio todos los días o todas las semanas? Bueno, hacías ejercicio varios días a la semana, pero no todos. Yo me inclinaba sobre tu hombro para ayudarte a escudriñar cualquier asomo de incoherencia que te llamara la atención. Me encantaba estudiar ingredientes y códigos de barras y toda clase de letra pequeña contigo, ya fuera en el supermercado o en la oficina de Tráfico. En Estados Unidos las oportunidades para ser escrupuloso son infinitas. Y a ti no se te escapaba nada. Nada excepto yo, claro.

El matrimonio. El choque de expectativas produce un nuevo acorde. La nuestra fue una ceremonia civil modesta. Luna de miel en Virginia Beach. Y tras estos rituales, el alquiler del apartamento, colocar los muebles, y a continuación cayó sobre nosotros la inactividad; y como cualquier pareja de recién casados, nos preguntamos nerviosos: «Vale, ¿y ahora qué? ¿Cómo avanzamos?» Durante un tiempo fue como si faltara alguien. Alguien más, como un líder o un jefe. Una tercera parte muy necesaria cuyo papel consistiera en dirigir el tráfico entre nosotros, conciliar planes en conflicto, forjar compromisos, traducir las diferencias culturales o religiosas. ¿O acaso se suponía que teníamos que hacerlo solos? ¿Nosotros? La novia, tú, esforzándose por salirse un poco de su educación provinciana, viniendo como venía de una familia católica de Delmar, Nueva York, un tanto ignorante pero de buen corazón. Y el novio, yo, criado en una ciudad totalmente ficticia de cabo Cod que llamaba Twelve Hills, «a un tiro de piedra de Hyannis Port», hijo único queridísimo, dotado de un apellido que sólo podía pronunciarse en éxtasis.

Erratum

Que conste: el novio jamás dijo a la novia que estuviera emparentado con los Kennedy de fama presidencial. Esto ha aparecido en la prensa, y el novio lo niega de manera categórica. No, sólo han hecho falta la palabra «Kennedy» más las palabras «cerca de Hyannis Port» para que todo el mundo se haya apresurado a sacar conclusiones. El novio está dispuesto a admitir que en una o dos ocasiones, alguna noche con sus compañeras de la facultad de Mune, «no se esforzó demasiado por desmentir el rumor de que era primo segundo o tercero» de los Kennedy de Hyannis Port. Y no niega que, a menudo, la mención de ese nombre engrasaba los engranajes de la burocracia, infundiendo cierta «vitalidad» a lo que de otro modo habrían sido encuentros anodinos con empleados de banco, guardias urbanos, etc., incluso cuando negaba cualquier relación familiar.

Sin embargo, la novia nunca se mostró muy interesada en el novio por ser un «Kennedy». Si a la novia le impresionó el apellido, el día en que se conocieron en el parque Washington y todos los días subsiguientes, jamás lo comentó. La novia era una mujer íntegra y seria que no se dejaba impresionar con facilidad. Una mujer que adquirió, por cierto, durante los años en que el novio la amó, una belleza increíble y creciente, y el novio desea mencionarlo aquí y dejar constancia por si se diera el caso de que alguno de ellos

dos lo olvidase. La verdad es que el novio se quedaba deslumbrado cada vez que la veía. Insisto: cada vez. Sólo con su mera presencia. Cada vez que entraba en una habitación desde otra sala; por ejemplo, cuando salía de la cocina en Pine Hills con un plato de huevos revueltos. El novio estaba enamorado de ella. Eso no era mentira. Y cuando estaba enamorado de ella, un minuto ya no parecía un medio para llegar a una hora, sino que cada minuto era un fin en sí mismo, una quietud dotada de una imprecisa circularidad, un territorio sutilmente sugerido en el que estar vivo. Este sortilegio que el amor obraba con los minutos dotaba a las horas y los días de una especie de vaguedad trascendental que alentaba en el novio una absoluta falta de ambición y era lo más cercano que había sentido a la auténtica alegría, al auténtico alivio. Y el novio todavía se pregunta qué habría pasado de haber podido mantener eso, de haber podido seguir así, enamorados, si tal vez habrían emergido, a través de un agujero de gusano, en un lugar donde su amor pudiera ser permanente. Porque, al final, las grandes fuerzas en conflicto de nuestra existencia no son la vida y la muerte (eso ha llegado a creer el novio), sino más bien el amor y el tiempo. En la mayoría de los casos, el amor no sobrevive al paso del tiempo. Pero a veces sí. A veces tiene que sobrevivir.